

ÁLVARO NÚÑEZ · ALBERTO DÍAZ

PERRO VERDE

2. Rimas y leyendas urbanas



ANAYA

1.ª edición: noviembre 2022

© Del texto y las ilustraciones: Álvaro Núñez y Alberto Díaz

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-698-9093-6

Depósito legal: M-20851-202

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Hola, me llamo Abril
y soy la mejor amiga de Lolo y Colás.



Era el guay de la clase
y todo el mundo quería
ser como él.



Antes de conocernos,
Lolo era listo,
guapo y jugaba al fútbol
que daba gusto verlo.



Sin embargo,
Colás, su perro,
era un perro
de lo más normal.



Le gustaba comer,
echar la siesta,
que le acariciasen el lomo
y todas esas cosas que les gustan
a los perros.

Hasta que un día, en casa de Lolo, sucedió un accidente doméstico de lo más raro que los volvió



Y Lolo empezó a comportarse como un perro, y Colás ¡como un niño!

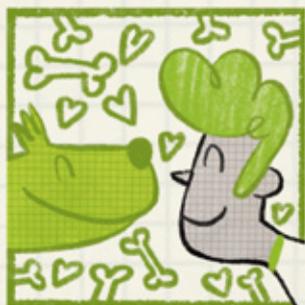
¡VERDES!



Desde entonces, los padres de Lolo, que son científicos, investigan en el laboratorio de su casa el antídoto que haga que su hijo y su perro vuelvan a ser como antes.



Pero ¿y si mis amigos le están pillando el gusto a ser como son?



¿Y si les da igual que los pongan verdes **PORQUE SON VERDES DE VERDAD?**



VERDE DESGASTADO

Abro los ojos: tengo hambre. Hace meses que no necesito los servicios de Tirano para despertarme por las mañanas.

Y menos mal, porque a mi dinosaurio despertador se le han acabado las pilas. Se lo he recordado un montón de veces a mis padres para que me las compren, pero ni caso.

Tampoco es que eche de menos los gruñidos de Tirano, a ver si me entendéis, pero es que me da pena.

¿De qué sirve un despertador si no tiene pilas?



«Es como si el pobre Tirano se hubiese quedado sin alma», pienso mientras me rasco la oreja y lo miro de reajo. Nota mental: «Cómo se nota que estamos dando poesía en clase de Lengua. Creo que me está afectando demasiado...».

Salgo de un salto de la cama, me estiro y bostezo abriendo bien la boca. Ya no tengo que andar con cuidado de despertar a Colás, porque ahora duerme en el salón. Le ha cogido el gusto a comportarse como un humano y está tan enganchado a la tele que no se despega de ella ni por la noche. Me pongo un poco triste. Parece que haya pasado un siglo desde que nos volvimos verdes los dos. Entonces no nos despegábamos el uno del otro. «No como ahora, que solo va a su rollo...».

Mejor pensar en otra cosa. ¿He dicho que tengo hambre? Esperanzado, concentro mi olfato levantando la nariz al techo. Me huelo que seguimos igual: en la cocina me espera un vaso de leche con cacao y una magdalena.

Yo también necesito pilas nuevas...

Después de lavarme la cara en un plis plas, vestirme y colgarme la mochila al hombro, entro en el salón antes de ir a la cocina. Colás se ha vuelto a quedar dormido con la televisión encendida. La apago, cierro la puerta con cuidado y voy a desayunar.



Si es que se le puede llamar desayunar a comer una magdalena.

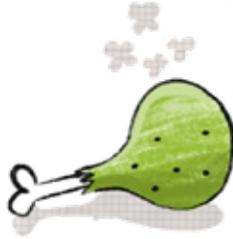
Una.

A eso en poesía creo que se le llama hipérbole...

Al lado del «desayuno» encuentro una nota de mis padres: «Cuando os levantéis, dejad una muestra de saliva en los tarros. Nos vemos esta noche».

Me tomo la magdalena de un bocado, me bebo el Colacao y escupo en el tarro que lleva una pegatina con mi nombre.

Antes de irme, saco un bolígrafo de mi mochila y escribo detrás de la nota de mis padres: «No hay nada para cenar. ¿Podéis comprar una pizza?».



HAMBRE CANINA

Mira, Lolo, esto no puede seguir así: se lo tienes que decir a tus padres. —Abril parecía otra sin gafas. No me extrañaba que las chicas del comedor no la hubieran reconocido. Además, mi sudadera le sentaba fenomenal—. No puedo estar disfrazándome todos los días para traerte otra bandeja —continuó—. Y ahora devuélveme las gafas, que no veo ni torta... ¿Me estás escuchando, Lolo? ¡Que me devuelvas las gafas!

Reconozco que cuando tengo un muslo de pollo entre los dientes soy incapaz de prestar atención a otra cosa.

—¡Perdona! No te pongas así, que no te estaba oyendo... —protesté mientras le devolvía las gafas.

—No me extraña —dijo poniéndoselas y volviendo a ser la Abril de siempre—. Haces tanto ruido

al comer que parece que vayas a despegar como una nave espacial...

—Hipérbole —dije señalándola con lo que quedaba del muslo.

—Lo digo en serio, Lolo. Da gracias a que las cocineras hacen la vista gorda, que si no... ¡Mira! ¡Ahí está Villegas! —dijo levantándose como un resorte y haciendo gestos con las manos—. ¡Eooo! ¡Siéntate con nosotros!

A unos metros de nosotros, Villegas, rojo como un tomate, sostenía una bandeja y respondió vocalizando a cámara lenta para que le entendiéramos:

—Oh, lo siento. Pero ya he terminado...

Y se marchó a la otra punta del comedor muerto de vergüenza.

Aunque estaba lejos, Abril y yo nos dimos cuenta de que la bandeja que llevaba estaba llena.



—¿No le dijiste que ya le había perdonado? —pregunté comenzando la segunda ración de muslos de pollo.

—¡Qué morro tienes! Él es el que te ha perdonado a ti. Lo que pasa es que es tan tímido... Ahora eres un perro verde como nosotros, pero no olvides que hasta hace poco eras insoportable.

—Hablando de insoportables...

Margarita venía directa hacia nosotros seguida por José Luis, el profe al que le tocaba vigilar el comedor. Por la cara que traía Margarita, estaba claro que no se acercaba en son de paz.



Instintivamente miré hacia donde se sentaban los Franes, mis exmejores amigos. Se estaban dando golpes de hombro unos a otros, señalándonos a Abril y a mí pitorreándose. En fin, desde que le mordí un tobillo a uno de ellos por quemar una de las papeleras del recreo, parecía que había conseguido reducir las hostilidades.

Pero estaba claro que tarde o temprano volverían a la carga.

De todas maneras, hacía falta ser animal para quemar una papeleras, con la de cosas ricas que tiraba la gente dentro, ¿no te parece?

—Que aproveche —dijo José Luis sin poder evitar poner cara de repelús al verme atacar el segundo muslo de pollo—. Perdona, Abril, pero me dice tu compañera que te ha visto coger dos bandejas, ¿es cierto? Ya sabes que la dirección ha puesto la norma de «una bandeja, un alumno» para evitar tirar comida como en años anteriores. Si sobra, se puede repetir, pero nunca llenar dos bandejas... No es ecológico.

—No puede ser, José Luis —contestó Abril intentando mantener la calma—. Seguro que Margarita se ha equivocado. ¿Es posible que hayas perdido algo de vista? Mira, pruébame mis gafas, que además seguro que te sientan fenomenal...

—¡Yo no necesito gafas como tú, friki! Y si me comprase unas, desde luego, serían de marca: no como esas tan feas que llevas...

—¡Margarita! —protestó José Luis.

—¡Pero es verdad, profe! La he visto con mis propios ojos. ¿Quiénes se creen que son? ¡Dos muertos de hambre, eso es lo que son! ¿No está viendo al perro verde de Lolo? Si es que dan ganas de vomitar... —Esto último lo dijo bien alto y mirando a los Franes, que celebraban la broma de mal gusto con pitorreo.

—¡Margarita! No hay que faltar el respeto a nadie... —la interrumpió José Luis.

La cosa, como diría mi madre, estaba pasando de castaño oscuro. Aunque tenía que reconocer que no sé bien qué significa, era obvio que, para alguien verde como yo, el castaño oscuro no molaba. Y lo que estaba saliendo por la boca de Margarita, pues menos.

—¡Mírelo, profe! Pero si las tienen ahí mismo... —lloriqueó Margarita mientras señalaba la prueba del delito.

No podía permitir que Abril pagase los platos rotos, nunca mejor dicho. Así que, tras haber rechupeteado bien las dos bandejas, no me quedaba otra que confesar.

Y eso es lo que hice:



—¡Un momento! —dije alzando la mano derecha para pedir la palabra mientras con la izquierda me limpiaba los churretones de grasa de la salsa del pollo.

—Eso, ¡un momento! —dijo Villegas apareciendo de repente—. Perdón, José Luis, esa bandeja es mía. Se me ha olvidado dejarla en su sitio al terminar. Ahora la recojo y me la llevo...

Intercepté ansioso la bandeja antes de que se la llevase Villegas.

—¿No te vas a comer el plátano?

—No, claro... Cógelo... —respondió él con la cabeza gacha.

—¿Es cierto lo que dice Villegas? —nos preguntó José Luis a Abril y a mí.

—Es justamente lo que le iba a decir —afirmé con una seguridad aplastante un segundo antes de meterme el plátano en la boca. Entero. Y sin pelar.

—Entonces estoy seguro de que ha sido un malentendido, Margarita. No hay que prejuzgar a las personas —dijo José Luis mirándome de reojo—. Antes de acusar a una compañera tienes que estar segura de lo que dices. Que no se repita. Y tú, Lolo, como veo que te has quedado con hambre, acompáñame a la cocina a ver si ha sobrado algo. Una cosa es comer de más por glotonería, y otra muy distinta es pasar hambre...

Margarita se quedó con la cara que ponen los delanteros cuando fallan un penalti en el último minuto.

Los Franes comenzaron a abuchear enfadados.

Sonriendo, acompañé al profe a la cocina del comedor.

Mi tercera ración de muslos de pollo me estaba esperando.

Vaya con Villegas.



**No es fácil ser verde,
pero Lolo le está pillando el tranquillo.**

**Es Colás, su perro, el que tiene problemas,
y está poniendo en peligro su amistad.**

¡Eh! Yo no tengo
ningún problema, *bro*.
¿Puedes cerrar
la puerta cuando
salgas?



**Por suerte, Abril siempre
sale al rescate, ¡y tiene
la solución!**



¡Seguidme! ¡Hay más
perros verdes de lo que
imagináis esperando
ahí fuera!

**Y es que, ¿de qué sirve ser
diferente, si no lo puedes
compartir?**

Ho-hola...



1525292

ISBN 978-84-698-9093-6



9 788469 189093 6

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com